

Juan Ramón Jiménez

Platero y yo

(Elegía andaluza)

1907-1916

Presentación
de Germán Bleiberg



Alianza editorial

El libro de bolsillo

Primera edición: 1981
Tercera edición: 2014
Cuarta reimpresión: 2023

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Fotografía de Juan Manuel Sanz

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Herederos de Juan Ramón Jiménez, 1981
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1981, 2023
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es



ISBN: 978-84-206-8842-8
Depósito legal: M. 10.251-2014
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 13 Presentación, de Germán Bleiberg
- 23 Sobre la presente edición

Platero y yo

- 27 Advertencia a los hombres que lean este libro para niños
- 29 I. Platero
- 30 II. Mariposas blancas
- 31 III. Juegos al anochecer
- 32 IV. El eclipse
- 33 V. Escalofrío
- 34 VI. La miga
- 35 VII. El loco
- 36 VIII. Judas
- 37 IX. Las brevas
- 39 X. ¡Ángelus!
- 40 XI. El moridero
- 41 XII. La púa
- 42 XIII. Golondrinas
- 43 XIV. La cuadra
- 44 XV. El potro castrado
- 46 XVI. La casa de enfrente
- 47 XVII. El niño tonto

48	XVIII. La fantasma
50	XIX. Paisaje grana
51	XX. El loro
53	XXI. La azotea
54	XXII. Retorno
55	XXIII. La verja cerrada
56	XXIV. Don José, el cura
57	XXV. La primavera
58	XXVI. El aljibe
60	XXVII. El perro sarnoso
61	XXVIII. Remanso
63	XXIX. Idilio de abril
64	XXX. El canario vuela
65	XXXI. El demonio
67	XXXII. Libertad
68	XXXIII. Los húngaros
70	XXXIV. La novia
72	XXXV. La sanguijuela
74	XXXVI. Las tres viejas
75	XXXVII. La carretilla
76	XXXVIII. El pan
77	XXXIX. Aglae
78	XL. El pino de la Corona
80	XLI. Darbón
81	XLII. El niño y el agua
82	XLIII. Amistad
83	XLIV. La arrulladora
84	XLV. El árbol del corral
85	XLVI. La tísica
86	XLVII. El Rocío
88	XLVIII. Ronsard
90	XLIX. El tío de las vistas

91	L. La flor del camino
92	LI. Lord
94	LII. El pozo
95	LIII. Albérchigos
97	LIV. La coza
99	LV. Asnografía
100	LVI. Corpus
102	LVII. Paseo
103	LVIII. Los gallos
105	LIX. Anochecer
106	LX. El sello
108	LXI. La perra parida
109	LXII. Ella y nosotros
110	LXIII. Gorriones
112	LXIV. Frasco Vélez
113	LXV. El verano
114	LXVI. Fuego en los montes
116	LXVII. El arroyo
117	LXVIII. Domingo
118	LXIX. El canto del grillo
120	LXX. Los toros
122	LXXI. Tormenta
123	LXXII. Vendimia
125	LXXIII. Nocturno
126	LXXIV. Sarito
127	LXXV. Última siesta
128	LXXVI. Los fuegos
129	LXXVII. El Vergel
131	LXXVIII. La luna
132	LXXIX. Alegría
133	LXXX. Pasan los patos
134	LXXXI. La niña chica

135	LXXXII.	El pastor
136	LXXXIII.	El canario se muere
137	LXXXIV.	La colina
138	LXXXV.	El otoño
140	LXXXVI.	El perro atado
141	LXXXVII.	La tortuga griega
143	LXXXVIII.	Tarde de octubre
144	LXXXIX.	Antonia
146	XC.	El racimo olvidado
147	XCI.	Almirante
148	XCII.	Viñeta
149	XCIII.	La escama
150	XCIV.	Pinito
152	XCV.	El río
154	XCVI.	La granada
156	XCVII.	El cementerio viejo
157	XCVIII.	Lipiani
158	XCIX.	El castillo
159	C.	La plaza vieja de toros
160	CI.	El eco
162	CII.	Susto
163	CIII.	La fuente vieja
164	CIV.	Camino
165	CV.	Piñones
167	CVI.	El toro huído
168	CVII.	Idilio de noviembre
169	CVIII.	La yegua blanca
170	CIX.	Cencerrada
171	CX.	Los gitanos
172	CXI.	La llama
174	CXII.	Convalecencia
175	CXIII.	El burro viejo

- 176 CXIV. El alba
 177 CXV. Florecillas
 178 CXVI. Navidad
 179 CXVII. La calle de la Ribera
 180 CXVIII. El invierno
 181 CXIX. Leche de burra
 183 CXX. Noche pura
 184 CXXI. La corona de perejil
 186 CXXII. Los Reyes Magos
 188 CXXIII. *Mons-urium*
 189 CXXIV. El vino
 190 CXXV. La fábula
 192 CXXVI. Carnaval
 193 CXXVII. León
 195 CXXVIII. El molino de viento
 196 CXXIX. La torre
 197 CXXX. Los burros del arenero
 198 CXXXI. Madrigal
 199 CXXXII. La muerte
 200 CXXXIII. Nostalgia
 201 CXXXIV. El borriquete
 202 CXXXV. Melancolía
 203 CXXXVI. A Platero, en el cielo de Moguer
 204 CXXXVII. Platero de cartón
 205 CXXXVIII. A Platero, en su tierra
- 209 Apéndice I. La muerte de Platero
 211 Apéndice II. Platero español de Francia

Presentación

Juan Ramón Jiménez ha convertido a Platero –nombre propio–, por la magia del lenguaje, en el arquetipo poético del burro. «En realidad, mi Platero no es un solo burro, sino varios, una síntesis de burros plateros. Yo tuve de muchacho y de joven varios. Todos eran plateros. La suma de todos mis recuerdos con ellos me dio el ente y el libro.»

Más adelante, el poeta recuerda su preferencia adolescente por el caballo Almirante, que le proporcionó «tanto goce, entusiasmo y alegría», porque le permitió ver «tantos amaneceres, tantas siestas y tantos crepúsculos, tormentas y aguaceros, campos familiares y montes extraños».

Y en este boceto de prólogo¹, Juan Ramón introduce el recuerdo autobiográfico: «Cuando se compró para mí

1. Cfr. Ricardo Gullón, «Platero revivido», *Papeles de Son Armadans*, XVI (1960), 9-40, 127-156, 246-290.

la finca de Fuentepiña, preferí el burro para andar por el campo. Yo no iba sobre el burro, el burro me acompañaba. Para ir así es más compañero el burro que el caballo, aunque es más hermético y más huido. Pero es más paciente y más humilde».

Aquí asoma ya el reflejo posible de alguna lectura; al referirse al asno, Buffon escribe: «Aussi patient, aussi tranquille que le cheval est fier, ardent, impétueux: il souffre avec constance, peut-être avec rage, les châtimens et les coups».

En otro giro del prólogo aludido, el poeta confía al lector: «Yo paseaba en soledad y compañía con Platero, que era una ayuda y un pretexto, y le confiaba mis emociones». El tema, Platero, es un pre-texto, que va a convertirse en texto y textura del libro clásico, desde su principio y desde su entrada en la vida de las letras y de la imaginación.

El asno ha sido tema, si no muy abundante en la literatura, no infrecuente: desde Apuleyo hasta los fabulistas, que a menudo se ensañan con el burro, como Apolo con el rey Midas, y hasta en las *Mémoires d'un âne*, en las que la condesa de Ségur le presenta con modestia y ternura. El origen de la idea creadora del Platero de Juan Ramón podría tal vez rastrearse en una serie de fuentes literarias: Stevenson (*Travels with a Donkey*) o tal vez la oración de F. Jammes: «Prière pour aller au paradis avec les ânes», incluida en su libro *Quatorze prières* (Orthez, 1898)²; desempeña una

2. La admiración por Francis Jammes se encuentra en un diálogo de Juan Ramón con Francisco Giner de los Ríos (*Espanoles de tres mundos* y otros escritos); el poeta no alude concretamente a la elegía, pero la conocería, aparte de que nada de los «antecedentes» posibles merma grandeza a *Platero y yo*.

función de humildad en la vida de Jesús, a quien acompaña en las representaciones del Nacimiento, o a quien sirve de cabalgadura en su entrada en Jerusalén. Todos estos elementos han podido confluír en la idea inicial y progresiva de la creación del singular personaje Platero, y en la biografía del asno que se plasma en *Platero y yo*.

Otros contactos literarios afloran en Juan Ramón Jiménez más como base ideológica que como fuente directa: un estudio de don Francisco Giner de los Ríos, «El alma de los animales»³, ha podido contribuir a formar en el poeta esa idea de sublimación del animal doméstico humilde; y de una fusión de vivencias inmediatas, filtradas por la inspiración y la metódica construcción de las ciento treinta y tantas estampas del libro, Platero se humaniza, a la vez que se convierte en mito.

También define el poeta su propósito al dar a la imprenta su *Platero* definitivo. Éste, como Juan Ramón ha explicado en varias ocasiones, pasó por una selección, debida a Francisco Acebal, para su «Biblioteca de juventud». El autor no intervino en la elección de los capítulos. Aclara más tarde: «Yo (como el grande Cervantes a los hombres) creía y creo que a los niños no hay que darles disparates (libros de caballerías) para interesarles y emocionarles, sino historias y trasuntos de seres y cosas reales tratados con sentimiento profundo, sencillo y claro. Y esquisito». Y el sentido final: «No es, pues, “Platero”, como tanto se ha dicho, un libro escrito sino

3. *Estudios filosóficos y religiosos*, por Francisco Giner, profesor separado de la Universidad de Madrid, Madrid, Librería de Francisco Góngora, 1876.

escojido para los niños». Y acerca de la versión definitiva, el poeta habla de una ordenación tripartita: «Primer Platero, Platero mayor, Último Platero. Y lo he corregido de modo natural y directo, quitando *gualdos*, *cuales*, etc., allanándolo más»⁴.

* * *

La vida y la obra de Juan Ramón Jiménez son inseparables. Nació el 23 de diciembre, aunque él escriba que «nacé en Moguer –Andalucía– la noche de Navidad de 1881». Luego nos da los rasgos de su genealogía: «Mi padre era castellano y tenía los ojos azules; mi madre es andaluza y tiene los ojos negros. La blanca maravilla de mi pueblo guardó mi infancia en una casa vieja de grandes salones y verdes patios. De estos dulces años recuerdo bien que jugaba muy poco y que era gran amigo de la soledad; las solemnidades, las visitas, las iglesias me daban miedo... Los once años entraron, de luto, en el colegio que tienen los jesuitas en el Puerto de Santa María; fui tristón, porque ya dejaba atrás algún sentimentalismo: la ventana por donde veía llover sobre el jardín, mi bosque, el sol poniente de mi calle».

Llega a Madrid en abril de 1900; «yo traía muchos versos, y mis amigos me indicaron la conveniencia de publicarlos en dos libros de diferente tono: Valle-Inclán me dio el título *–Ninfeas–* para uno, y Rubén Darío para el otro, *Almas de violeta*, y Francisco Villaespesa, mi amigo inseparable de entonces, me escribió unas prosas simbólicas

4. Este prólogo puede leerse completo en R. Gullón, ed. cit. en nota 1.

para que fuéramos juntos, como hermanos, en unas páginas sentimentales atadas con violetas».

Pero pronto, ya en 1901, el poeta se siente aquejado de una intensa depresión nerviosa; parte de ese año se internó en una clínica de Castel d'Andorte, en Le Bouscat, Burdeos; pasó después al Sanatorio del Rosario, en Madrid, y posteriormente a la casa del doctor Luis Simarro. Casi un lustro de cuidados facultativos (1901-1905) no impidieron a Juan Ramón seguir desarrollando su doble vertiente vocacional: poeta y, en un sentido más lato, hombre de letras, con un campo de actividades –dentro de las primicias del modernismo literario– digno de un humanista del siglo xx.

Regresa a Moguer, donde va a residir hasta 1912; en el retiro de Moguer empieza, en 1906, a escribir *Platero*. Y del mismo modo que vida y obra son inseparables en Juan Ramón, su Obra, concebida con mayúscula, no puede, en última instancia, separarse en verso y prosa. Ambos son vehículos para expresar la esencialidad lírica, misteriosa, que nace de la misma fuente «que mana y corre». A esta esencialidad lírica pertenece *Platero y yo*, así como la poesía –en verso– que va surgiendo en el segundo ciclo madrileño del poeta: su estancia en la Residencia que abarca de 1912 a 1916. En este último año, el de su viaje a Nueva York, donde en marzo va a contraer matrimonio con Zenobia Camprubí, llegan su vida y su obra a un cenit creador, que en 1917 cristalizará en la primera edición completa de *Platero y yo*, y en la publicación del *Diario de un poeta recién casado* (que incluye también apuntes en prosa sobre sus influencias norteamericanas) y *Sonetos espirituales*.

Desde el comienzo de su segunda época vital y poética, que puede enmarcarse entre 1916 y 1936, Juan Ramón se entrega a un trabajo incesante, como siempre bajo el lema de Goethe «Ohne Hast aber ohne Rast», también adoptado por Ortega y Gasset, que tradujo, con eufonía y precisión, los versos de *Xenien*: «Sin prisa pero sin pausa». Su crítica del ambiente de estas dos décadas vividas en Madrid se plasma en un comentario tardío en *Españoles de tres mundos*: «Ambiente inadecuado, indiferente, hostil como en España, no creo que los encuentre el poeta, el filósofo, en otro país de este mundo... Que en España la ciencia haya sido y sea escasa y discontinua, concesionario el arte, se debe a la erizada dificultad que cerca a quien quiere cultivarlos en lo profundo. Ruido, mala temperatura, grito, incomodidad, picos, necesidad de alteración política, falta de respeto, pago escaso, etc., todo contribuye a que el hombre interior español viva triste».

Al propio tiempo que hay que señalar como característica mayor de Juan Ramón su indomable vocación poética, no es posible eludir la crítica a que se vio sometido, debido a su elitismo estético, por varios o la mayoría de sus iniciales discípulos, los poetas de la llamada «generación del 27». Estos poetas, a menudo hostigados por el poeta de *Platero y yo*, se desprendieron hacia los años treinta de la tutela y del magisterio de Juan Ramón, favoreciendo, frente a una poética impulsada hacia una belleza absoluta, la «poesía sin pureza» preconizada por Pablo Neruda. El poeta, a partir de su *Segunda antología poética* (1898-1918) –publicada en 1922– y en libros posteriores, como *Belleza* (1923) o *Sucesión* (1932) o *Canción*

(1936), empezó a sentirse cada vez más aislado del mundo poético español. «La guerra española le encuentra en Madrid, en donde pretende ocuparse llevando su espíritu animador a varios grupos de enseñanza de niños. Sale, por último, invitado por la Universidad de Puerto Rico, en donde reúne, con su segunda antología infantil, otra de versiones de Tagore; pasa después a Cuba, y a él se debe la recopilación del libro *La poesía cubana en 1936*. Fíjase más adelante en la Florida, de donde pasa últimamente a Washington... Ya no es “el Retraído”, “el Cansado de su nombre”, como gustó de apellidarse, escondiéndose tras de las iniciales J. R. J. o en el anonimato. En la hora presente, su destino se agranda, poniéndole en contacto con países nuevos, influyendo en los medios más próximos» (Enrique Díez-Canedo, *Juan Ramón Jiménez en su obra*, El Colegio de México, 1944). En 1943, Juan Ramón escribe a Enrique Díez-Canedo, entonces en México: «Desde estas Américas empecé a verme, y a ver lo demás, y a los demás, en los días de España; desde fuera y lejos, en el mismo tiempo y el mismo espacio. Se produjo en mí un cambio profundo, algo parecido al que tuve cuando vine en 1916» (ob. cit., pág. 138). Así empieza la tercera y última fase de su vida.

Su conferencia *Política poética* –aldabonazo, el 15 de junio de 1936, de lo que llamó más tarde «esta mala guerra de España»– concluye los casi veinte años de su segunda fase iniciada en 1916; y con ella abre su larga estancia en Ultramar; en octubre de 1936, repitió su conferencia en Puerto Rico. En Puerto Rico se define políticamente, en una entrevista: «Yo no soy político. Soy un poeta; pero mis simpatías están con las personas

que representan la cultura, el espíritu español, que son las que trajeron la República... El Gobierno que existía cuando he salido de España tenía derecho a gobernar y ser respetado y ayudado. Era un gobierno votado legalmente por la voluntad popular en las urnas electorales».

Al salir de España, pasó cerca de un mes en Estados Unidos antes de ir a Puerto Rico; luego, dos años en Cuba (fines de 1936 a principios de 1939); de Cuba se traslada a Miami, en cuya Universidad (en Coral Gables) enseña hasta 1942; posteriormente se establece en College Park (Riverdale), cerca de Washington, D. C., para enseñar, lo mismo que Zenobia, en la Universidad de Maryland; desde 1951 a 1958 regresa a Puerto Rico, donde en Río Piedras fue profesor de la Universidad. El 25 de octubre de 1956 se difunde la noticia de que ha recibido el Premio Nobel de Literatura. La posible satisfacción del reconocimiento universal a su valor poético se enturbia con la pertinaz enfermedad de Zenobia, que fallece tres días después de haber llegado la nueva a Puerto Rico. Y Juan Ramón muere en la isla el 29 de mayo de 1958.

Los años fecundísimos del exilio no se limitaron a Estados Unidos o el Caribe. En 1948 pasó tres meses en Argentina, donde sus conferencias fueron un aliciente más para el resurgimiento de la poesía hispanoamericana. Durante este período americano enriquece y publica otro de sus grandes libros de prosa: *Españoles de tres mundos*. En este volumen cruje la «preocupación de España», como en estas líneas: «En la eternidad de esta mala guerra de España, que tuvo comunicada a España de modo grande y terrible con la otra eternidad, Antonio

Machado, con Miguel de Unamuno y Federico García Lorca, tan vivos de la muerte los tres, cada uno a su manera, se han ido, de diversa manera lamentable y hermosa también, a mirarle a Dios la cara. Grande de ver sería cómo da la cara de Dios, sol o luna principales, en las caras de los tres caídos más afortunados quizá que los otros, y cómo ellos le están viendo la cara a Dios».

El franciscanismo que emana del libro *Platero y yo* no vuelve a las prosas de Juan Ramón, ni al verso que se agita, con violencia metafísica, en *Animal de fondo* (1949), su obra de madurez, que es la parte esencial de *Dios deseado y deseante*.

Convendría señalar, para concluir la sucesión de actividades y obras de Juan Ramón en su dilatada plenitud, que abarca más de medio siglo, que *Platero y yo* es, en definitiva, una producción única en su obra. Aunque escribiera el prólogo aludido al principio de estas páginas, Juan Ramón no introdujo los cambios que pensara hacer. No quiero glosar el «andalucismo» *universal* que es característico de esta obra, porque es evidente en cada página; tampoco es necesario insistir en las peculiaridades estilísticas, ya que otros tomos en fase de terminación para la misma editorial tratarán de dichos aspectos pormenorizadamente. En tal sentido, *Platero y yo* es un ciclo cerrado, con algunas variantes de edición a edición, pero que no afectan al conjunto de las estampas, ni siquiera al detalle.

Germán Bleiberg

Sobre la presente edición

He utilizado para el texto de *Platero y yo* la edición de Residencia de Estudiantes, tal vez la más cuidada de las que el mismo poeta menciona en Apéndice II (pág. 207) de este volumen. En dicho texto se hace la historia de *Platero*. Pero como sucede a menudo, y como dice Horacio (*Arte poética*, 359) *–quandoque bonus dormitat Homerus–*, a J. R. J. se le confunden las fechas, y señala 1916 como el año de la primera edición completa de *Platero*, que en realidad se publicó en 1917. En el texto de *Platero* se advertirá que J. R. J. sigue la ortografía académica, ya desde el subtítulo: *Elegía andaluza*; en otras obras, anteriores y siempre en las posteriores, la «g» se convierte en «j» y la ortografía se altera según el criterio del poeta.

Platero y yo

*A la memoria de Aguedilla,
la pobre loca de la calle del Sol
que me mandaba moras y claveles.*